

**TODO EL MUNDO SABE  
QUE TU MADRE ES UNA BRUJA**  
rivka galchen

traducido por Inga Pellisa

*Para mi familia*

Aquí da comienzo mi testimonio con la ayuda de mi vecino Simon Satler, puesto que yo no sé ni leer ni escribir. Declaro que no soy bruja, no he sido nunca bruja y no soy pariente de ninguna bruja. Pero, desde muy temprana edad, he tenido enemigos.

Cuando era niña, en la posada de mi padre, nuestra vaca, Potrilla, me tenía entre ceja y ceja. Yo no sabía por qué. Si la tuviese aquí delante, le pondría sin dudarle un lazo de seda azul al cuello. Murió de la fiebre de la leche, y yo no tuve nada que ver, aunque de niña sí que lo pensé, porque Potrilla me había soltado una coz y yo la había llamado gorda cebona. ¿Era mi enemiga? Hacen falta tiempo y experiencia para ganarse la confianza de una vaca.

Ahora tengo setenta y tantos años. No dedicaré más tiempo a los enemigos, o a los amores, de mi juventud y mi madurez. Diré solo que hasta ahora nunca había tenido el más mínimo pleito con la justicia. Ni por riñas, ni por blasfemias, ni por conducta licenciosa ni por un simple hurto.

Se me atribuye sin embargo en este juicio el poder de envenenar, de lisiar, de atravesar las puertas, de causar la muerte de ovejas, vacas, infantes y vides, y hasta de curar, a voluntad.

Ni capaz soy de ganar al *backgammon*, como saben.

Si mi defensa no prospera, se procurará una confesión por medio de la tortura, primero con las empulgueras, luego con la bota, luego con el potro..., o algo parecido. Dependerá de a quién contrate el Ayuntamiento para la labor. Si se apiadan de mí, me cortarán la cabeza y me quemarán en la hoguera. Si no, me quemarán sin cortarme antes la cabeza. Así acabaron el año pasado siete mujeres de Ratisbona. Mis hijos, con algo de ayuda, han estado preparando mi defensa. Hay dos cosas que una mujer ha de hacer sola: creer por sí misma y morir por sí misma. Eso dice Martín Lutero. O eso dicen que dice, o que dijo, Martín Lutero. Yo nací el año en que murió Lutero. Solo una vez recibí la Eucaristía católica, por error. Mi hija Greta está casada con un pastor y él dice que no pasa nada. Mi hijo Hans está de acuerdo. Tengo a Lutero en alta estima. A él también lo vilipendiaron. Te agradezco una vez más, Simon, que estés aquí conmigo, que escribas por mí, que seas mi guardia legal.

Este es mi testimonio más sincero.

Un martes de mayo de 1615, a media mañana, hace cuatro largos años, llamaron con unos golpecitos a la puerta. Un niño pecoso, con la mirada gacha, dijo que tenía que ir con él a ver al gobernador ducal Lukas Einhorn. El chico tenía los ojos claros y llevaba unos calzones cortos y limpios. Fuera hacía calor. Le ofrecí un vino fresco, flojo, pero él se sonrojó y declinó. ¿Por qué me llamaban?, le pregunté. Me dijo que era un requerimiento oficial. Pero no sabía para qué.

Recordarás, Simon, que aquel año la primavera fue horrible. La remolacha estaba mustia y apenas crecían los rábanos. El ruibarbo, que suele ser una celebración, parecía paja, y lo mismo los espárragos. El invierno anterior había sido cruento. Una tarde nevosa una cabra se plantó en la puerta, una mendiga, como Cristo, pensé, así que la dejé pasar, y estaba tan helada que chocó de cabeza contra la pata de la mesa y los pelos de la barba se le partieron como cristales de caramelo. Conocía a un pastor de las afueras de Rutesheim

al que se le había caído la nariz al sonarse. Unos meses aciagos. El precio de un saco de harina casi se había duplicado, y la mitad del pueblo tenía que comprar al fiado.

Pero aquel martes hacía sol. Me calcé las botas, le di un beso a mi querida vaca Camomila y dejé la colada a medias.

Creí adivinar, engreída, para qué me hacían llamar. Te reirás de mí cuando te lo cuente. Pensé que Lukas Einhorn quería mi ayuda. ¡La mía! Por aquellas estaciones tan oscuras y difíciles, ¿entiendes? Era un gobernador nuevo y no tenía ni idea de administrar. Me olí que Einhorn quería que mi hijo Hans le hiciese un horóscopo, o hasta un calendario astrológico completo. Y me puse de malas, porque di por hecho que Einhorn esperaba que lo hiciese sin cobrar. Muchos de esos supuestos nobles le solicitan a Hans calendarios astrológicos, predicciones del tiempo, horóscopos personales. Hasta el emperador Rodolfo II le preguntó una vez: ¿Qué dicen los astros de la guerra contra Hungría? Y ni el emperador se dignó pagar. El emperador nuevo no es mucho mejor. Con algunas personas, siempre es lo mismo. Serían capaces de pedirle que les zurciera un calcetín. Hans, por aquella época, ya vivía en Linz. Se acababa de volver a casar y enseñaba en una escuela pequeña. Le habían negado un puesto en la universidad de Tübinga por no sé qué tontería de que si la hostia estaba hecha de esto o de lo otro, y aunque a Hans lo conocen en las cortes más refinadas, no le pagan más que con una posición insustancial. Aquel mes de mayo andaba enredado en toda clase de conflictos con los impresores, y también buscando un pretendiente para su hijastra. Se creían que mi hijo era todo oídos para

mí, pero solo tiene los mismos dos que nos ha dado Dios a todos.

Aquí en Leonberg no se me reconoce mucho la posición que tiene Hans en el mundo, y ya me está bien así, ¿quién quiere llamar a los demonios de la envidia? Pero supongo que esperaba tener la oportunidad de rehusar un cumplido, de decir que los logros de Hans eran suyos, y no míos, aunque Hans dice, y yo me lo creo, que la imaginación de una madre en el embarazo queda grabada en el hijo. Y Hans se parece a mí, y no a su padre, que en paz descansa y esas cosas. Mientras seguía al niño, pensé: Vale, le pediré a Hans ese horóscopo, o lo que sea que quiera el gobernador ducal; a mi hijo Christoph, que acababa de comprar ese mismo año la ciudadanía, que quería prosperar en la vida, como Hans, le vendría bien. ¿Y por qué no? Pasamos junto a unos de esos jardincillos públicos en los que habían dejado que el aciano y la camomila azul se invadieran el uno al otro. Un conejo blanco se cruzó en mi camino. En el muro de la residencia del gobernador ducal, un joven mampostero estaba terminando de grabar en la piedra el escudo de Einhorn. En él aparecía un unicornio sobre las patas traseras, como un caballo de batalla. Una ostentación.

En el fresco salón de la residencia del gobernador ducal, el niño me señaló un asiento junto a un faisán vulgarmente disecado y se marchó. El faisán tenía los ojos de cristal verde. Las plumas desprendían un brillo aceitoso, y el faisán, un aire maligno. Como si se hubiese vuelto maligno, diría, no como si fuese hijo del mal. Tenía sed. Me quedé ahí sentada, al lado de aquel faisán inmóvil.

Bueno, Kath-chen, me dije, no eres una niña, has de ser tu propia fuente de luz. Puedes decir sí si te piden ese horóscopo, o puedes decir no, pero si dices no, debes decirlo educadamente.

No recuerdo cuánto rato estuve esperando. Al final, una mujer entró en la habitación. Una mujer que yo conocía. Era Ursula Reinbold. ¿También la habían llamado? Le caían mechones sueltos del moño. Tenía los rizos empapados en sudor. La cara, encendida. Reía y lloraba a la vez. Ursula no tiene hijos, parece una hermosa mujer loba; está casada con un vidriero de tres al cuarto. Es su segundo matrimonio. Dos hermanos de Ursula, para mi gran desgracia, han medrado en la vida. Uno es barbero-cirujano del duque de Wurtemberg, el otro es administrador forestal aquí en Leonberg. Al barbero lo llamo el Barbero. Al guardabosques, Urban Kräutlin, lo llamo el Repollo. Le pega, ¿verdad? Si hablas con la gente del pueblo natal de Ursula Reinbold, como ha hecho mi hijo Hans, todo el mundo sabe que, de joven, Ursula tomaba las poderosas hierbas que le daba el boticario; el boticario con el que tuvo un escarceo antes de casarse por primera vez. Y también es de sobra conocido su escarceo posterior con Jonas Zieher, el calderero pecoso, un escarceo que precedió a su segundo matrimonio. A Zieher lo juzgaron hace poco por llamar «padrino del diablo» a un hombre respetable, y le pusieron una multa de cinco pfennigs. Pero me estoy adelantando. Lo que quiero contar es que el hermano de Ursula, el Repollo, llegó con ella. Llevaba una capa verde de caza, andaba todo encorvado

y tenía las mejillas encarnadas. Detrás de él venía el bigotes del gobernador ducal Einhorn, desaliñado y con una spaniel moteada en brazos. Olían a bebida. Parecían los tres una panda de trovadores sin gracia que, al llegar la mañana, resulta que se han largado llevándose la mantequilla.

Sé que no te parecerá atinado, Simon, pero me gustaría decir algo sobre el gobernador ducal Einhorn, al que prefiero llamar el Falso Unicornio. No es de por aquí. Lo trajo la maravillosa duquesa Sybille, que en paz descansa. El Falso Unicornio tenía que deferir al criterio de Sybille en toda cuestión. Y entonces, Sybille murió de repente. El duque andaba distraído contando soldados, firmando tratados, encargando puños de encaje para sus camisas. No prestaba ninguna atención a los asuntos de Leonberg, de modo que el Falso Unicornio usurpó unos poderes que tendrían que haber revertido a las manos del duque. A Einhorn empezaron a subírsele los humos. Se dejó crecer el pelo. Se mandó coser una valona nueva. Iba por ahí diciéndole a todo el que quisiera escuchar que se aburría muchísimo en Leonberg y que las mujeres de Stuttgart eran más atractivas. A mí, el Falso Unicornio me recuerda a una nutria enferma con jubón.

Este manuscrito está pensado para cuando se cierre mi caso, sea cual sea el resultado.

En tiempos de la duquesa Sybille, la gente recorría largas distancias para visitar su jardín medicinal. Las puertas a menudo estaban abiertas, bien para pasear, bien para alguna celebración. Había naranjas rosadas y amargas, y uña

de caballo colorida para la tos. Había raíces aromáticas para ayudar a echar los dientes, una hierba del escorbuto muy rara de encontrar. Había un tallo de ajonjolí que Sybille había plantado junto a un eléboro. Ambas plantas, si se infusionan juntas, alivian ciertas formas de locura, o eso creía Sybille. Hasta un estramonio crecía en el jardín. Y podría seguir. Muchas mañanas, con permiso de Sybille, iba a buscar esquejes. Era una mujer con dos dedos de frente. Y añadiré que mostraba un interés considerable por mis investigaciones en las hierbas para el fuego de San Antonio. Se tomaba en serio hasta a una campesina como yo. No por Hans. Sino porque era una mujer de ciencia. Ahora el jardín de Sybille no es más que una tumba de cabras. Einhorn lo ha dejado abandonado.

Simon, entiendo tus razones: no quiero crearme enemigos donde no los hay. Pero estoy presentando datos básicos e irrefutables sobre un hombre que, casi por echar el rato, como un pasatiempo, se convirtió en mi perseguidor.

El Falso Unicornio estaba repantigado en una silla detrás del escritorio. Le rascó la barbilla a su spaniel, arrullándola, sonriendo.

—Es curioso cuánto nos deja Dios por hacer. En fin, cualquier error que cometamos, él lo enmendará al final, así que igual tampoco importa mucho lo que uno haga. Aun así, tiene que parecer que lo intentamos, ¿verdad que sí? —El sermón iba dirigido a su spaniel. Luego levantó la vista—. Bueno. Pues a ver. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Frau Kepler. Esa es usted, ¿no?

Le dije que sí.

—Ha llegado a mi conocimiento que ha empleado usted unos poderes oscuros considerables contra la buena esposa del vidriero —y al decir esto miró a Ursula, que asintió con vehemencia—, y que a raíz de esto se plañe, llora, carcajea, le dan escalofríos y retortijones y ha quedado estéril.

—Lo de carcajearme no, señor —dijo Ursula—. Pero todo lo demás, sí.

—Bueno, quitamos lo de carcajearse, entonces, Frau Kepler. Lo otro.

—Fue por un veneno que me dio —dijo Ursula—. Era un vino amargo, un brebaje de bruja.

—No interrumpas, hermana —le susurró el Repollo—. Nuestras disculpas, señor.

Einhorn le estaba besuqueando la cabeza a la spaniel. El animal le lamió la cara. Lo dejó en el suelo.

—Perdona, hay mucho trajín —le dijo Einhorn con otra sonrisa—. No me imaginaba yo, cuando me mandaron a un pueblo perdido como este, que habría tantas... tareas. Uno que quiere limosnas; el otro, que si derechos de recolección; los carpinteros, que no quieren la mala fama de construir las horcas. ¿Dónde estábamos? Aquí: Con la autoridad que me otorga mi puesto, le pido, insisto y exijo que retire esta maldición o daño o perjuicio o que confeccione un antídoto usando cualquier poder demoníaco o no que sea menester. Le doy mi permiso. Le insisto. Para ayudar a esta pobre y amable y humilde mujer que tenemos hoy aquí.

Yo miré alrededor. ¿De verdad me estaba hablando a mí? El faisán disecado de ojos de cristal se quedó callado. Me volví a Ursula, que tenía la vista clavada en el regazo.

—Esto es absurdo —dije—. Están todos borrachos.

El Repollo se levantó del asiento:

—No volveremos a decir que es usted una bruja. Solo retire la maldición. Por favor. No le pediremos ninguna indemnización excesiva. Solo lo que proceda. No va a conseguir mejor trato que este. —Parecía que estuviese regateando por unos botones—. Lo que se ha hecho por hechicería solo puede deshacerse por hechicería, lo he investigado —dijo—. No puede orinar sin aullar de dolor. Lloro delante de invitados importantes. Su marido dice que ya no cumple como esposa. ¿Qué le ha hecho mi hermana? Si odia al vidriero, ¿por qué no lo ataca *a él*? ¿Es que no tiene compasión? Usted tiene hijos. Esta mujer es hija de mi madre.

De pronto se lanzó de rodillas al suelo y empezó a tirarme de la falda, rogándome que deshiciera el hechizo, que su hermana sufría terriblemente. Tendría que haberme asustado más, ahora lo sé. Pero de lo único que en mi opinión adolecía Ursula era de manchas de grasa en la blusa y un peinado terrible. Por desgracia, se lo dije tal cual.

Mira, en otros tiempos había disfrutado echándome unas risas con Ursula en el mercado. Imitaba muy bien el tartajeo del quesero, y también los sermones del antiguo pastor. Su risa era siempre mezquina, ahora que lo pienso. Cuando la duquesa Sybille se estaba construyendo su palacio de verano en Leonberg, contrató a muchos aparejadores

y artesanos del pueblo. Contrató a mi hijo Christoph para que le hiciese una magnífica bañera de peltre, por la que le pagó ciento ochenta táleros. Ursula le insistió a Christoph para que le presentara a su marido, pero Sybille no quiso contratar a aquel vidriero de tres al cuarto.

—Tiene que ayudarla —dijo el Repollo—. Su Excelencia el gobernador ducal le ha ordenado que la ayude.

Ursula lloraba, o al menos fingía llorar, y su llanto me llegó al corazón, como si fuera una niña de pecho. Alargué la mano hacia ella. Sentí el impulso de arreglarle el pelo.

—Pronto estarás mejor —le dije, como una tonta.

Al oírlo, el Repollo se levantó con gesto vacilante y desfundó la espada. Era una espada ostentosa, con un relieve de cuerda en la empuñadura; el tipo de cosa que podría encargarse un noble y rechazar en el último momento, aunque dejara al espadero en un apuro.

—Deshechízala, bruja desdentada.

Yo conservaba casi todos los dientes, solo había perdido los más superfluos. Pero no lo dije. El miedo había penetrado al fin en mi ser, como correspondía. Fue como si Dios hubiese olvidado dónde estaba yo. Me vino a la mente la imagen del pulgar amputado de una mujer cerca de Augsburgo. Arrancado por la fuerza de las empulgueras y el potro. La estaban torturando para arrancarle una confesión. No le sacaron ninguna, y la mandaron de nuevo a su celda. Al día siguiente, la absolvieron de todos los cargos de brujería. Cuando los alguaciles fueron a ponerla en libertad, la encontraron muerta. Nadie puso dinero para enterrarla.

En contra de lo que creen mis hijos, y aunque estaba muy asustada, no dije una sola palabra fuera de lugar. Dije que estaba mal abalanzarse sobre una anciana con unas acusaciones tan fantásticas y abominables. Y que no era legal, además. Las acusaciones había que presentarlas ante un tribunal, no a punta de espada, un mediodía, cuando la anciana tendría que estar en su casa. Ni siquiera me acompañaba ningún guardia. Lo repetí: no tenía guardia legal.

Cuando una vive tantos años, aprende tres o cuatro cosas.

El Repollo blandió la espada.

Le dije que no le había hecho ningún daño a Ursula y que no podía hacer nada para curarla.

—Eso no es cierto —respondió el Repollo.

—Tu hermano es cirujano del duque. Si él no sabe ayudarla, ¿cómo voy a saber yo?

—Lo que ha hecho un demonio solo lo puede deshacer un demonio...

—Me estás pidiendo que invoque al demonio...

—Eso es.

—Tendrás que invocarlo tú mismo.

El Repollo dio un traspiés y fue a pisar la cola de la spaniel, que soltó un gañido.

—Esto se está desmandando —exclamó el Falso Unicornio, y cogió a la perra en brazos.

¡Qué absurdo era mi brete! En ese preciso momento, el Repollo me hincó la punta de la espada en el pecho e hizo tintinear un colgante de peltre obra de mi hijo Christoph. La tela del vestido se rasgó. Grité.

—Esta riña se está poniendo aburrida y peligrosa —dijo el Falso Unicornio, dando un paso al frente—. Aparte la espada, por favor —le pidió al Repollo. Y luego se volvió hacia mí y me preguntó si no podía darles lo que quería y ya está, un deshechizo de nada, ¿tanto me costaba?

Le respondí que yo era una pobre viuda a la que habían convocado a las bravas en contra de la ley.

—¿Qué ley? —preguntó Einhorn como si acabara de despertarse. Un papel que había sobre una mesa cercana despertó de pronto su interés. Algo lo había despejado de golpe. Dejó a la perra en el suelo y se me acercó—. Qué manera de perder la mañana en pamplinas. —Me inspeccionó—. El vestido es fácil de arreglar. —Metió la mano en el chaleco y sacó tres pfennigs—. Esto debería cubrir el remiendo. O lo puede remendar usted misma. Como prefiera. —Me abrió la puerta y me dijo que era libre, más que libre, de marcharme. Que debíamos marcharnos todos. Y luego, a mí—: Es cierto que no tiene guardia. Este encuentro es, en fin, nulo. No ha tenido lugar. A ojos de la ley, y por tanto del Señor, esta tarde no existe.

Una vez que salí a recoger setas, me crucé con un alce enorme al que le faltaba casi entero el lado izquierdo de la cornamenta. Tenía un ojo hinchado y cerrado, con una costra de pus. Avanzaba con andares temblorosos y olía a levadura. Sus gruñidos eran de otro mundo. El bosque pareció transformarse a su paso, las hojas se habían convertido en ojos. Aquello era una prueba para mí, o una invitación, o tal vez estaba a punto de morir. Entonces el alce enfermo soltó otro mugido, más alto: como si desalojara su propio

cuerpo. Un cebollino me hizo cosquillas en el tobillo. El  
alce se alejó. Me volví a casa.